

“Por mi raza hablará el espíritu”: del México de 1920 a la UNAM de hoy

["Through my Race, the Spirit shall Speak". From 1920 Mexico to today's UNAM]

OLIVIA GALL

Resumen:

Mi análisis parte de tres preguntas: 1) ¿Qué tan antirracista y “libérrima” era en 1920 la propuesta vasconcelista para el lema de la Universidad Nacional? 2) ¿Es la raza cósmica vasconceliana, imaginada en 1925, la misma que la raza mestiza ideada por los liberales decimonónicos? 3) ¿Deben la “raza” y el “espíritu” seguir siendo los elementos centrales del lema de la UNAM porque representan libertad, identidad, autonomía, orgullo, sentido de pertenencia y arraigo? La respuesta a las dos primeras preguntas será el objeto del primer apartado del artículo. En él desarrollo una reflexión acerca de qué tan antirracistas y promotoras de la libertad social eran las ideas y planteamientos de Vasconcelos en torno a estos temas. Mi discusión se centra en un análisis de la forma en la que él entendía los términos “mi raza” y “el espíritu” en 1920, y de la manera en la que definió “raza cósmica” en 1925. La respuesta a la tercera pregunta se encuentra en el segundo apartado de mi texto.

Abstract:

My analysis follows three questions: 1) How anti-racist and “libertarian” was Vasconcelos’ proposed motto for the National University in 1920? 2) Is Vasconcelos’s “cosmic race”—envisioned in 1925—the same as the mestizo race conceived by 19th-century Mexican liberals? 3) Should “race” and “the spirit” remain the central elements of the UNAM motto because they represent freedom, identity, autonomy, pride, sense of belonging, and rootedness? The first section of this article addresses the first two questions. I examine there to what extent Vasconcelos’s ideas and proposals on these topics were anti-racist and socially liberating, focusing on an analysis of how he understood the terms “my race” and “the spirit” in 1920, and how he defined “cosmic race” in 1925. The answer to the third question can be found in the second section of my text.

Datos del artículo:

Recibido: febrero 2, 2026
Revisado: abril 9, 2026
Aceptado: abril 15, 2026
Publicado: mayo 11, 2026

Palabras clave:

Vasconcelos, mestizaje, racismo, identidad cultural, lema universitario

Keywords:

Vasconcelos, miscegenation, racism, cultural identity, university motto

Datos de la autora:

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades; Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Racismo y Xenofobia (SURXE)-UNAM
gall.olivia@yahoo.com
orcid.org/0000-0003-4289-4834

En tales horas de soledad [...] imaginé así el escudo universitario, que presenté al Consejo, toscamente y con su leyenda “por mi raza, hablará el espíritu”, pretendiendo significar que despertaba nuestra raza, después de la larga noche de su opresión.

José Vasconcelos

Introducción

Agradezco la invitación para participar en este número de *Diánoia* dedicado a discutir el lema de la Universidad Nacional Autónoma de México desde una perspectiva histórica y actual. En las líneas que siguen desarrollaré un análisis documentado sobre la pertinencia de que la UNAM conserve dicho lema, considerando que, como la universidad más importante del país y en su calidad de institución autónoma, ejerce una influencia importante y reconocida en el desarrollo intelectual, social, cultural, científico y político de México.

El lema fue creado en 1921 por José Vasconcelos, entonces rector de la todavía llamada Universidad Nacional de México. A él debemos no sólo la inclusión de los conceptos de “raza” y “espíritu” como núcleo del emblema universitario, sino también la forma en que ambos se articulan en él. Vasconcelos fue una figura compleja, marcada por la contradicción entre su obra y su biografía, los hechos y los mitos. En palabras de José Joaquín Blanco, Vasconcelos era:

Un intelectual de la clase media porfiriana, especialmente vigoroso y audaz. Participa en la Revolución mexicana, funda la política cultural y educativa del Estado posrevolucionario [...]. Formado y conformado en el siglo XIX en la tradición liberal humanista, Vasconcelos establece una identidad nacional con mitos e impulsos diversos —la lucha de Quetzalcóatl y Huitzilobos, la estética bárbara, la raza cósmica, el mesianismo nacionalista, la redención misionera, la felicidad del Espíritu— con los que no sólo debía lograrse una nueva nación, sino una nueva humanidad. Esta alegoría constituyó la palanca cultural básica del México moderno y comprometió a su autor en una biografía que pretendió cumplir el destino romántico, aprendido en la noción humanista del genio. De ahí que, en Vasconcelos, al destino personal se trencen el destino de una cultura, a una acción histórica la práctica empedernida de un pensamiento. (Blanco 1977, p. 9)

En 1920 había caído el gobierno de Venustiano Carranza, durante el cual Vasconcelos estuvo exiliado por su postura crítica y su cercanía con el

movimiento convencionista. El triunfo del Plan de Agua Prieta llevó al poder a la facción sonorenses de la Revolución que buscaba romper con el orden porfirista y refundar el país mediante un proyecto nacionalista integrador. Para legitimarse, los primeros gobiernos posrevolucionarios necesitaban una política educativa nacional capaz de articular una narrativa identitaria unificadora. Vasconcelos resultaba idóneo para esta tarea: era un intelectual reconocido y coincidía políticamente con los sonorenses. Además, él se asumía como un “norteño”, pues su personalidad se había formado en la frontera con los Estados Unidos y compartía con Obregón, Calles y de la Huerta la visión de un país desgarrado por la contradicción entre este norte violento y criollo y el sur al que veían sobre todo como indígena y siempre sujeto al conflicto entre la civilización y la barbarie.

El 27 de abril de 1921, el Consejo de Educación de la Universidad aprobó la propuesta de Vasconcelos sobre su nuevo escudo y lema bajo la siguiente premisa: a esta Universidad le corresponde:

definir los caracteres de la cultura mexicana, y teniendo en cuenta que en los tiempos presentes se opera un proceso que tiende a modificar el sistema de organización de los pueblos, substituyendo las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política, con las federaciones constituidas a base de sangre e idioma comunes, lo cual va de acuerdo con las necesidades del espíritu, cuyo predominio es cada día mayor en la vida humana, y a fin de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria Hispano-Americana que representará una nueva expresión de los destinos humanos [...] (Frías 2021)

En ese sentido, el lema “Por mi raza hablará el espíritu” expresaba “la convicción de que *la raza nuestra* elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima” (Frías 2021).

En 2021, cien años después de aprobada la divisa de la UNAM y noventa y dos años después de que conquistara su autonomía, la Dirección General de Comunicación Social publicó un boletín en el que reprodujo algunos extractos del discurso celebratorio de nuestro lema pronunciado para la ocasión por el Dr. Enrique Graue Wiechers, rector de la UNAM. En relación con los emblemas de nuestra *alma mater*, Graue manifestó lo siguiente:

Libertad, identidad, autonomía, orgullo, sentido de pertenencia, arraigo, son expresiones con las que los y las universitarias de ayer y de hoy describen las emociones que les evocan los símbolos de la Universidad, [puesto

que] han dado identidad histórica a nuestra comunidad, [...] como símbolos de la autonomía, de la libertad de pensamiento, de la convivencia entre distintas corrientes y de la responsabilidad que tenemos los universitarios con la sociedad. (DGCS-UNAM 2021)

En el contexto de una revisión histórica del contenido de este lema y de una loa al mismo, en una entrevista aparecida por esos días en la *Gaceta UNAM* nuestro colega Fernando Vizcaíno del Instituto de Investigaciones Sociales arguyó:

Vasconcelos se opone a esa visión [tan en boga en ese momento de que existía una superioridad racial de los blancos] por medio de “la raza cósmica”, la cual reúne las cuatro principales: afros, blancos, asiáticos y amerindios. Entonces la raza cósmica no es otra que nosotros los mestizos que, a diferencia de la supuesta raza pura, es una mezcla que por su diversidad constituye la fuente de nuestra fortaleza. (Frías 2021)

A partir de lo anterior, varias preguntas guiarán mi reflexión a lo largo de las páginas que siguen: 1) ¿Qué tan antirracista y “libérrima” resultaba en 1920 la propuesta vasconcelista del lema de la Universidad Nacional? 2) ¿Es verdad que la raza cósmica vasconceliana, imaginada por él en 1925, puede ser leída de la misma manera que “mi raza” en el lema de la UNAM o que la que Vizcaíno llama “la raza diversa de nosotros los mestizos”? 3) ¿Deben la “raza” y el “espíritu” seguir siendo, hoy en día, los dos elementos centrales de la consigna de la UNAM porque representan “libertad, identidad, autonomía, orgullo, sentido de pertenencia y arraigo”?

Responder a las dos primeras preguntas será el objeto del primer apartado de este artículo. En él desarrollo una reflexión acerca de qué tan antirracistas y promotoras de libertad social eran las ideas y planteamientos del Vasconcelos de ese momento en torno a estos temas. Mi reflexión se centra en un análisis de la forma en la que él entendía los términos “mi raza” y “el espíritu” en 1920, y la manera en la que definió “raza cósmica” en 1925. La respuesta a la tercera y última pregunta se encuentra en el segundo apartado de mi texto.

1. ¿Qué tan antirracista y “libérrimo” era, en 1920, el nuevo lema vasconceliano de la Universidad Nacional de México?

Alrededor de 1910, el joven Vasconcelos se unió al liberalismo humanista de la segunda mitad del siglo XIX en su versión hispanoamericana. Se trataba de una corriente intelectual que buscaba poner al ser humano —su dignidad, libertad y formación integral— en el centro del proyecto

social y político, como reacción tanto al dogmatismo religioso tradicional como al positivismo cientificista extremo. Todos sus integrantes defendían que el progreso no debía reducirse a lo económico o técnico, sino que debía incluir la educación moral, estética y espiritual del individuo. Varias generaciones de intelectuales conformaron el humanismo liberal hispanoamericano.¹

Una de las corrientes de ese humanismo, a la que perteneció Vasconcelos, fue la que representó en México el Ateneo de la Juventud (fundado en 1909), cuyo propósito fue renovar la vida cultural en México. Formados en el positivismo, sus integrantes rompieron radicalmente con él. En una conferencia que Vasconcelos dictó en 1910 sobre Gabino Barreda, el escritor expresó bien la fuerte crítica de este humanismo liberal hacia el positivismo que, en el caso de Barreda, era de corte comtiano, pero que durante el porfiriato se convirtió más bien en un positivismo de corte spenceriano. En ella Vasconcelos manifestó que el positivismo no le había enseñado a su generación a cultivar lo más alto de su espíritu ni le había facilitado recibir inspiraciones luminosas (Caso *et al.* 1962). Más bien, “[e]l nuevo sentir nos lo trajo nuestra propia desesperación; el dolor callado de contemplar la vida sin nobleza ni esperanza” (Caso *et al.* 1962, p. 100).

Prácticamente todos los integrantes de las diversas generaciones de humanistas liberales hispanoamericanos se refirieron al espíritu y a la “raza”. Acerca de ésta, todos ellos se oponían a la convicción, muy en boga en ese momento en que reinaba el darwinismo social, de que existían “razas humanas” biológicamente determinadas. Y si bien muchos

¹En un primer momento (de 1840 a 1860), ese humanismo fue defendido por los llamados “americanistas”: el argentino Domingo Faustino Sarmiento, el chileno-venezolano Andrés Bello y el poeta cubano José María Heredia. En los años ochenta del siglo XIX se produjo en esa corriente un giro anticolonial en el que el puertorriqueño Eugenio María de Hostos desempeñó un papel central como pensador, educador, sociólogo y escritor. Fue considerado uno de los grandes intelectuales antillanos e hispanoamericanos y una figura clave del humanismo hispanoamericano. En esos años surgió también un ala anticolonial más radical, representada por el cubano José Martí, y una aún más radical, enarbolada por el peruano Manuel González Prada. En los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX se desarrolló el modernismo literario, otra rama del humanismo liberal, cuya figura central fue el escritor nicaragüense Rubén Darío, y uno de cuyos más destacados integrantes fue el uruguayo José Enrique Rodó. Los integrantes de esta escuela, Vasconcelos incluido, consideraban que la educación pública y laica era el instrumento clave para la emancipación humana y social, una educación en la que las humanidades, la filosofía y las artes debían ocupar un lugar tan o más importante que el de las ciencias duras y naturales.

de ellos usaban constantemente el término “raza”, y varios de ellos hablaban de “la raza hispanoamericana”, lo hacían a partir de una articulación y una ideología que desafiaban el discurso racial biológico que se consolidaba a mediados del siglo XIX (Gabilondo 2009, p. 795). Y no sólo eso, sino que, para ellos, la “raza latina” se articula para posicionar a Latinoamérica y España estratégicamente respecto a los impulsores de dicha ideología racial biológica: el imperialismo inglés y el francés, así como el emergente imperialismo norteamericano” (p. 795). Tan es así que, una vez iniciado el siglo XX, el término “raza latina” o “raza hispanoamericana” fue desapareciendo del universo intelectual y social hispanoamericano para dar lugar al concepto de “mestizaje”, que para los representantes de dicho universo describía mejor la heterogeneidad producida por la modernización de Latinoamérica, y que era sobre todo sincrética y marcada por la transculturación (Ortiz 1987) y la hibridación (García Canclini 1995).

De manera simultánea a su crítica al positivismo, el joven Vasconcelos —quien no adoptaría el concepto de mestizaje sino hasta mucho después— empezó a sentirse fascinado por algo que lo atraería aún más en los años siguientes, a saber,

[l]as formas del conocimiento anticientífico, desde la metafísica, la alegoría y la leyenda, hasta la magia y lo esotérico, magia blanca y magia negra, cábala, hipnotismo, demonismo, supersticiones. Como Péguy observó, la decadencia de la mística liberal conllevaba a la decadencia del cristianismo: la necesidad de suplir la visión general de la vida que proporcionaba la religión, por otras formas cósmicas que lo mismo atendieran problemas morales que sentimentales y los refundieran en una perspectiva existencial. (Blanco 1977, p. 73)

Durante su exilio entre 1916 y 1919, Vasconcelos publicó cuatro obras en las que estableció su posición anticolonialista dirigida a la cultura hispanoamericana y también la filosofía que favorecería a lo largo de toda su vida.² Con base en el ensayo analítico y crítico que José Joaquín Blanco desarrolla en su libro *Se llamaba Vasconcelos* (1977) acerca

² Estas cuatro obras son, en sus ediciones originales, las siguientes: *Pitágoras: Una teoría del ritmo*, Imprenta “El Siglo XX”, La Habana, 1916; *El monismo estético: Ensayos*, Editorial Cultura (Imprenta Murguía), México, 1918; *Prometeo vencedor: Tragedia moderna en un prólogo y tres actos*, Lectura Selecta, México, 1920a; *Estudios indostánicos*, Ediciones México Moderno, México, 1920b.

del contenido de estas obras, organizaré en torno a cuatro tópicos las ideas que éstas expresan sobre los temas que aquí nos conciernen.

- Los modelos históricos de algunas grandes civilizaciones de la Antigüedad, exaltadores de la mezcla de tradiciones espirituales y culturales, deben servir de base para construir un nuevo futuro luminoso en Hispanoamérica.

En aquel entonces resultaba indispensable acabar con el monopolio de Europa en Hispanoamérica. Construir un frente antieuropeo debía ser “el germen de una civilización nueva, intuida a partir de los modelos históricos de la Grecia de Pitágoras y de la India de Buda” (Blanco 1977, pp. 68–69), unos modelos “hinchidos de las potencialidades todas del planeta” (Vasconcelos 1938, p. 27), que habían exaltado la mezcla de tradiciones espirituales y culturales. Siguiendo este camino, había que proceder a una virtuosa síntesis cultural o fusión de los valores estéticos, espirituales y filosóficos que estaban en la “raza hispanoamericana”.

- La creación, en nuestras sociedades, de los líderes intelectuales ideales que, a través del camino del espíritu y de Quetzalcóatl, habrían de conducirlos hacia la sabiduría y la civilización.

Era indispensable crear en nuestra sociedad individuos ideales que no fueran ni los científicos ni los empresarios, sino personajes como “Pitágoras, Prometeo, Buda, Beethoven, Nietzsche, Dostoyevsky y los héroes de la antigüedad germánica de Wagner, [quienes] configurarían el mito de Quetzalcóatl que Vasconcelos habría de promover afanosamente” (Blanco 1977, p. 70). Para construir ese tipo de sociedad era indispensable caminar por las rutas de un mesianismo cultural, en el que los intelectuales fungieran como los sacerdotes del espíritu encargados de realizar una síntesis de la cultura universal. El objetivo de esa síntesis debía ser que Hispanoamérica pudiera liberarse de las interpretaciones imperialistas y dotarse de una filosofía iberoamericana, que —diría Vasconcelos en 1925— “impulsara el pensamiento de la raza” (Blanco 1977, p. 70).

Vasconcelos no sólo se identificaba con el Prometeo de Schopenhauer, un superhombre que representaba la revolución del espíritu, sino que se veía como su encarnación en Hispanoamérica: el profeta y héroe de una era civilizada liderada por los países de habla hispana de nuestro subcontinente pacificada y regida por la alta cultura. Esta imagen de sí mismo como figura pedagógica continental se vio reforzada en el

viaje que emprendió por América Latina en 1922 y al que juzgó como una misión providencial que lo llevó a resignificar la reforma universitaria como una empresa política, espiritual y civilizatoria (Mailhe 2018).

En cuanto a México, el mito de Quetzalcóatl debía guiar, a través del espíritu, la reconstrucción posrevolucionaria del país. Así como en la antigua India hubo figuras que encarnaron la sabiduría y la regeneración espiritual, en América Quetzalcóatl representaba para Vasconcelos un principio de sabiduría y de civilización que debía orientar a nuestros pueblos hacia modelos superiores de cultura³ para derrotar ciertas formas de atraso cultural, de desorden histórico y de rupturas violentas que habían caracterizado la historia de nuestro subcontinente, y en especial la de México.

- Cultivar la estética en nuestras nuevas sociedades es el único camino correcto para una superación espiritual a través de un proyecto educativo en el que esa disciplina tenga un lugar central.

Para Vasconcelos era fundamental cultivar en esa nueva sociedad la estética que era, por una parte, la síntesis emotiva de la energía creadora e impulsora del universo y, por la otra, la mejor forma de sublimar dicha energía. ¿Cómo? Liberándola y encauzándola hacia una superación espiritual que partiera de lo inerte para construir lo existente y lo vivo, lo humano, lo angélico y, finalmente, lo absoluto (Blanco 1977, p. 71). Por ello había que desarrollar un proyecto educativo y cultural en el que a la estética se le permitiera desplegar toda su función redentora para que el ser humano fuera modificado éticamente.

³Tras la derrota que sufrió en las elecciones de 1929 para la presidencia de la República y debido al rencor y a la amargura que dicho revés provocó en él hacia los regímenes de la posrevolución, Vasconcelos empezó a manifestar que Quetzalcóatl debía vencer sobre la barbarie satánica y criminal representada por el salvajismo revolucionario, conducido por Huitzilopochtli, un Satanás disfrazado de muerte y Revolución que en esos años había derrotado a Quetzalcóatl (Blanco 1977, p. 77). Fue en los años treinta —incluso en algunas de las reediciones de los cuatro libros ya mencionados, editados por primera vez entre 1916 y 1919— cuando escribió que “la vida de los hombres había vuelto a confundirse con la vida de las especies animales [...] los mexicanos habían traicionado a sus profetas y se habían postrado ante los ídolos de la barbarie” (p. 77). De ahí que, para el Vasconcelos de entonces, en México era indispensable establecer una alianza, un mestizaje, entre el diablo, “ataviado con identidades a lo Coatlicue o Huitzilopochtli, [y] el Espíritu como energía reconstructiva: de Prometeo” (p. 77). Atrás había quedado ya el Vasconcelos que se alineó en 1914 con la Convención de Aguascalientes de Villa y Zapata en contra de Carranza.

- El apoyo al arte popular de raíces prehispánicas es indispensable para construir una sociedad amestizada como producto de la mezcla de tradiciones espirituales y culturales, y animada por una “pedagogía cósmica” que nos permita resistir los embates del positivismo y el imperialismo.

Para quien fungiría como rector de la UNAM en 1920, era indispensable aspirar a alcanzar un tipo de sociedad amestizada que se construyera en torno a “un programa de asimilación e identificación de las artes prehispánicas y populares de México, incluso cierta indigenización estetizada de la población moderna del país” (Blanco 1977, p. 70). De ahí que cultivar la estética se convirtiera en algo básico en el proyecto educativo y cultural que Vasconcelos desarrolló desde la UNAM y desde la SEP entre 1920 y 1924, lo cual explica su enérgico impulso al muralismo que hacía florecer “la esencia nacional antes desgarrada en la Revolución” (p. 71). Por esa razón también apoyaría el arte popular como una “pedagogía cósmica”, un adjetivo que adoptó por su convicción de que las ruinas prehispánicas habían sobrevivido al paso del tiempo, resistido culturalmente y prevaecido por encima de muchas de las barbaries de la historia, cumpliendo una función de resistencia inquebrantable.

Un año después de concluir *Pitágoras: Una teoría del ritmo*, *El monismo estético: Ensayos*, *Prometeo vencedor: Tragedia moderna en un prólogo y tres actos* y *Estudios indostánicos*, Vasconcelos volvió al país. La política educativa y cultural que promovió y defendió entre los años 1920 y 1924 partió en gran parte de los mitos, teorías, alegorías, inspiraciones y proyectos de redención que plasmó en esos libros, y fue de esa misma inspiración mística y heroica que nació el lema de nuestra universidad. Cuando tomó posesión de la rectoría de la UNAM en junio de 1920, pronunció un discurso en el que se proclamó el representante de la Revolución en la educación nacional:

Llego con tristeza ante las ruinas de lo que fue un proyecto de educación pública orientado a la cultura moderna. La más estupenda de la ignorancia ha pasado por aquí asolando y destruyendo, corrompiendo y deformando, dejando apenas una jefatura menor al frente de la educación nacional, cargo que hoy asumo por obra de las circunstancias. [...] Como intérprete de las aspiraciones populares, llamo a los intelectuales de México a salir de sus torres de marfil y sellar una alianza con la revolución, que hoy busca a los verdaderos sabios: aquellos capaces de sacrificarse por los demás. (Vasconcelos 2005)

Unos meses después, en el lema de la UNAM apareció el pueblo de México que hizo la Revolución. Es a este pueblo al que el nuevo rector llamó “mi raza” porque se declaró su portavoz y el intérprete de sus aspiraciones. También apareció “el espíritu”. Éste encarnaba el mesianismo cultural encabezado por él mismo en su calidad de líder prometeico de los intelectuales de verdad, cuya misión era que el país renaciera de sus cenizas y construyera el futuro luminoso de Quetzalcóatl. De esta forma, el espíritu intelectual mesiánico hablaría en nombre del pueblo de México, llamado “mi raza”.

Ese pueblo o raza que el Vasconcelos de ese momento decía representar, ¿era el pueblo mexicano mestizo, producto de la mezcla biológica y cultural entre indígenas y españoles que muchos liberales mexicanos decimonónicos habían querido convertir en la orgullosa esencia de la identidad nacional mexicana, en la mexicanidad? Sabemos que entre la Reforma y la Revolución el principal proyecto liberal decimonónico de construcción de la identidad y de la unidad nacional identitaria había girado en torno a una ideología mestizante asimilacionista, que veía al país como unificado por un mestizaje entre sólo dos de las ramas de su población y de su historia: los indígenas (considerados en su conjunto) y los españoles o personas de origen español. Tras la Revolución, ese proyecto se convirtió en el corazón de una las principales políticas culturales del México posrevolucionario, el indigenismo, un importante programa del Estado que buscaba la asimilación de los indígenas a la nación mestiza, y que se extendió hasta los años setenta del siglo XX (Gall *et al.* 2022).

También se ha dicho en múltiples ocasiones que, por su carácter claramente mestizante, la otra de estas políticas culturales fue la que encabezó Vasconcelos al frente de la UNAM y de la SEP entre 1920 y 1924. Sin embargo, el análisis en las páginas anteriores no parece avalar esta tesis. Al leer al Vasconcelos de los años previos a 1920 y al leer *La raza cósmica* editada por primera vez en 1925, se puede ver cómo él no sólo nunca exaltó el mestizaje tal y como se desarrolló en la Nueva España, ni el mestizaje que habría de ser el pilar de una nueva narrativa identitaria nacional que se decía orgullosa de estar fundada en un mestizaje entre indígenas y españoles. Muy por el contrario, como queda demostrado en el prólogo de *La raza cósmica* escrito en 1925:

es fecunda la mezcla de los linajes similares y [...] es dudosa la mezcla de tipos muy distantes según ocurrió en el trato de españoles y de indígenas

americanos. El atraso de los pueblos hispanoamericanos, donde predomina el elemento indígena, es difícil de explicar, como no sea remontándonos a [...] la raza más antigua de la Historia, la de los egipcios. Observaciones recientes han demostrado que fue la egipcia una civilización que [siendo] una raza bastante blanca y relativamente homogénea creó en torno de Luxor un primer gran imperio floreciente. [...] Resulta entonces fácil afirmar que es fecunda la mezcla de los linajes similares y que es dudosa la mezcla de tipos muy distantes según ocurrió en el caso de españoles y de indígenas americanos. (Vasconcelos 1948, pp. 11–12)

Al más puro estilo de Vasconcelos, este prólogo concluye con una afirmación que contradice fuertemente lo que expresa en el párrafo apenas citado: “aun los mestizajes más contradictorios pueden resolverse benéficamente, siempre que el factor espiritual contribuya a levantarlos” (p. 12). Además, al mencionar aquí el “factor espiritual”, el autor se refería, por ejemplo, al cristianismo: “una religión como la cristiana hizo avanzar a los indios americanos, en pocas centurias, desde el canibalismo hasta la relativa civilización (p. 12). En otras palabras, y a diferencia de lo que planteaban los liberales mestizantes mexicanos de la época, Vasconcelos defendía más la necesidad de construir una síntesis espiritual y teleológica dirigida por una misión conducida por “el espíritu” para alcanzar una sociedad culturalmente humanizada.

Por otra parte, y como vimos, ya en *Estudios indostánicos* Vasconcelos hablaba de exaltar el mestizaje espiritual y cultural entre los componentes de la raza iberoamericana como el mejor camino para el advenimiento de la grandeza americana. ¿Significa esto que desde entonces ya se construía en su mente el proyecto que formularía explícitamente en 1925 en su famoso libro *La raza cósmica*, a la que también llamaría “raza cósmica futura”? Es muy probable. Sin embargo, la “raza” que aparece en su lema de la UNAM no parece referirse a esta raza cósmica, ya que en 1925 Vasconcelos definió la raza cósmica como:

una raza nueva [que se está formando], raza de síntesis, que aspira a englobar y expresar todo lo humano en maneras de constante superación [...] una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia [...] la superación de todas las estirpes [...] el tipo síntesis que ha de juntar los tesoros de la Historia, para dar expresión al anhelo total del mundo. (Vasconcelos 1948, pp. 27, 42–44)

Aquí hablaba de pueblos. Sin embargo, en otros pasajes del libro no se refiere a la fusión de “todos los pueblos”, sino, en concordancia con el más puro pensamiento racista biologicista del siglo XIX, a “las cuatro grandes razas contemporáneas: la Blanca, la Roja, la Negra y la Amarilla” (p. 53).

A ello agregaba que había muchos motivos para sostener que Iberoamérica debía ser la cuna de esta “raza cósmica futura”:

bastaría observar la mezcla creciente y espontánea que en todo el continente latino se opera entre todos los pueblos, [nacida inicialmente de] la colonización española que creó mestizaje: esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir. [...] Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de [esa raza nueva] [...] En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo [...] Los pueblos llamados latinos [...] son los llamados a consumarla [por haber sido más fieles a su misión divina de América], y tal fidelidad [...] es la garantía de nuestro triunfo [...] es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana. (pp. 27 y 29)

Así, en primer término, Vasconcelos denostó el proceso histórico de mestizaje en Iberoamérica, después le dedicó grandes loas y, por último, mostró su profundo desprecio por él:

Si hasta hoy [nuestra especie] no ha mejorado gran cosa, es porque [...] la reproducción se ha hecho a la manera de las bestias, sin límite de cantidad y sin aspiración de mejoramiento. No ha intervenido en ella el espíritu, sino el apetito, que se satisface como puede. [...] Actualmente [...] vemos con profundo horror el casamiento de una negra con un blanco; [...] es repugnante mirar esas parejas de casados que salen a diario de los juzgados o los templos, feas en una proporción, más o menos del noventa por ciento de los contrayentes. El mundo está así lleno de fealdad a causa de nuestros vicios, nuestros prejuicios y nuestra miseria. [...] Si lo que se va a transmitir es estupidez, entonces lo que liga a los padres no es amor, sino instinto oprobioso y ruin. (p. 43)

En *La raza cósmica* Vasconcelos argumentó que, para que el mestizaje ya no se hiciera “a la manera de las bestias”, había que construir el proyecto del espíritu. Era éste el que debía orientar la construcción de la raza cósmica perfecta, inspirado por lo que se ha definido como la “eugenesia estética” vasconceliana (Palacios 2017; Dalton 2016). Se trata de una eugenesia profundamente racista, pues la “orientación” del

espíritu para la buena construcción de la raza cósmica debía seguir los siguientes derroteros:

no sentiríamos repugnancia alguna si se tratara del enlace de un Apolo negro con una Venus rubia, lo que prueba que todo lo santifica la belleza. [...] hace falta que el amor sea en sí mismo una obra de arte, y no un recurso de desesperados. [...] Uniones fundadas en la capacidad y la belleza de los tipos, tendrían que producir un gran número de individuos dotados con las cualidades dominantes. Eligiendo en seguida, no con la reflexión, sino con el gusto, las cualidades que deseamos hacer predominar [...]. La conciencia misma de la especie irá desarrollando un mendelismo astuto, [...] que [logrará que] en muy pocas generaciones desaparecerán las monstruosidades; lo que hoy es normal llegará a aparecer abominable. Los tipos bajos de la especie serán absorbidos por el tipo superior. De esta suerte podría redimirse, por ejemplo, el negro, y poco a poco, por extinción voluntaria, las estirpes más feas irán cediendo el paso a las más hermosas [...].

Las razas inferiores, al educarse, se harían menos prolíficas, y los mejores especímenes irían ascendiendo en una escala de mejoramiento étnico, cuyo tipo máximo no es precisamente el blanco, sino esa nueva raza, a la que el mismo blanco tendrá que aspirar con el objeto de conquistar la síntesis. El indio, por medio del injerto en la raza afín, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de eugenesia estética podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, [...]. Se operaría en esta forma una selección por el gusto, mucho más eficaz que la brutal selección darwiniana. (Vasconcelos 1948, pp. 43-44)

Después de todo lo anterior, se imponen dos conclusiones: 1) considerada en el contexto del México del primer lustro de los años veinte, la concepción de Vasconcelos de “mi raza” plasmada en el lema de la UNAM no parece ser una ilustración ni un homenaje al proyecto liberal mestizante, un proyecto que sí veía en “nosotros los mestizos” mexicanos —mezcla de indígenas y españoles— la “fuente de nuestra fortaleza nacional”, pero que no estaba adscrito al humanismo liberal mexicano o hispanoamericano de la época; 2) es imposible caracterizar como anti-racista el pensamiento vasconceliano entre los años 1920 y 1925, y que produjo tanto el lema de la UNAM como la idea de la raza cósmica, una idea que no coincide con la que fundamenta la expresión “mi raza” en el escudo universitario.

Si analizamos el pensamiento vasconceliano sobre la “raza” a la luz de la forma en la que hablaban de “raza” algunos otros importantes integrantes del “humanismo liberal” hispanoamericano, podemos apreciar hasta qué punto no era precisamente antirracista.

El puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839–1903) y el uruguayo José Enrique Rodó (1871–1917) hablaban de una “raza hispanoamericana”, aunque la concebían de forme distinta. Rodó, el más conservador de ellos y autor de la muy famosa novela *Ariel* (1900), entendía por “raza hispanoamericana” un sujeto histórico-cultural unido por una comunidad de espíritu, amenazada por la imitación acrítica del utilitarismo norteamericano y la consiguiente pérdida de su identidad espiritual. Para él, la misión histórica de esta “raza” era defender la primacía del espíritu frente al pragmatismo. Esta defensa requería recorrer el camino de los ideales estéticos de la cultura de la Grecia clásica como modelo del buen gusto, seguir los ideales del cristianismo y usar el arte como una actividad mental enriquecedora del espíritu.

Por su parte, de Hostos fue llamado “el ciudadano de América” por haber entregado su existencia a la lucha para que los pueblos de Latinoamérica se ayudaran y unieran y a la independencia de Puerto Rico. Él concebía la “raza hispanoamericana” como una comunidad histórica formada por la colonización española, el mestizaje entre pueblos indígenas, africanos y europeos, y una experiencia común de dominación colonial.⁴ Pensaba que la raza hispanoamericana debía unirse en contra de la existencia de pueblos oprimidos por condiciones históricas injustas y mediante un proyecto común de libertad, justicia y educación fundado en la razón y la dignidad humana.

José Martí (1853–1895), el muy importante político, ensayista y poeta cubano organizador de la guerra de Independencia de Cuba, escribió *Nuestra América* en 1891, cuando la esclavitud y las jerarquías racializadas seguían existiendo en su país aún colonizado por España, y en la época tanto de la expansión imperial de Estados Unidos como del predominio del racismo científico y del darwinismo social. Martí estaba convencido de que la humanidad era una sola y de que las razas eran una ficción política. Hizo de esta idea el eje de su proyecto revolucionario. En

⁴ Simón Bolívar (1783–1830) fue pionero de la idea de una comunidad histórica americana. En la *Carta de Jamaica* (1815) escribe sobre un origen común, una lengua compartida, una historia colonial semejante y un destino político ligado a la independencia. El concepto de raza aún no estaba en boga.

su texto “Mi raza” (1893) escribió: “peca por redundante el blanco que dice: ‘Mi raza’; peca por redundante el negro que dice: ‘Mi raza’. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala es un pecado contra la humanidad” (Martí 1893). Martí también denunció el racismo como un crimen moral y político, y en *Nuestra América* afirmó que no podía haber odio entre razas ni “igualdad racial” porque no había razas. Criticó tanto el racismo conservador como el liberal y positivista, que se presentaba como progresista al plantear cosas como que había que educar al negro y al indio porque eran inferiores (Salomon 1972). Además, para él el sujeto histórico real de América era la fusión del mestizo, el indígena, el negro y el criollo, y el mestizaje representaba una síntesis cultural y un proyecto político ético e incluyente.

Por último tenemos a Manuel González Prada (1844–1918), un humanista radical peruano que fue una de las figuras más influyentes en las letras y la política de Perú. Para él, la autonomía intelectual y la justicia social eran los valores supremos por alcanzar (Gutiérrez Andrade 2025), y buscaba una emancipación radical de Hispanoamérica. En “Nuestros indios” (1908a), González Prada manifestó que el racismo era un sistema de dominación. En *Horas de lucha* (1908b) y en *Páginas libres* (1894), analizó el racismo como ligado a la propiedad de la tierra, el poder político y la violencia institucional, y manifestó que, para solucionarlo, había que exigir justicia social y consumir una rebelión moral y una ruptura con el orden criollo. Por otra parte, su posición hacia el mestizaje fue extremadamente crítica. En “Nuestros indios” y en *Horas de lucha* manifestó que el mestizaje no era una solución mágica para el problema del racismo ni un ideal armonioso, sino un hecho histórico impregnado de violencia e injusticia. En “Nuestros indios” escribió: “no se redime al indio mezclándolo, sino libertándolo”; “el indio cambia de nombre, pero no de suerte”; “el indio educado para despreciarse a sí mismo no deja de ser esclavo”. Para González Prada, el mestizaje servía para negar la opresión real del indígena, y a las élites criollas les proporcionaba una coartada moral. Incluso sostuvo que un mestizo podía reproducir el mismo desprecio hacia los indígenas que un criollo, que una república mestiza podía seguir siendo racista, y que ésta podría ser incluso más hipócrita en ese sentido que una república criolla.

A diferencia de Rodó, de Hostos y Vasconcelos, González Prada y Martí coincidían en que había un racismo brutal que había que combatir frontal y valientemente. Sin embargo, para ellos eso no equivalía a sostener que existían razas, ya que siempre defendieron que las razas

no existían ni como entes biológicos ni como entes culturales. Por último, ninguno de ellos dos depositó en la emancipación espiritual de la “raza hispanoamericana” un mejor destino para los países de nuestro subcontinente.

Como se puede apreciar, el pensamiento de Vasconcelos sobre las razas en Hispanoamérica dista enormemente de las opiniones de Martí y de González Prada, se acerca en algunos sentidos al de De Hostos, aunque a través de una narrativa no tan emancipadora, y coquetea muy de cerca con las ideas de Rodó.

Aunque los humanistas liberales hispanoamericanos de esa época rechazaran la creencia de que las “razas” humanas eran entes de naturaleza biológica, debido al poder del término en ese momento histórico muchos de ellos no se resistieron a seguir otorgándole un lugar central en sus análisis y en sus propuestas para la emancipación humana. Entre ellos estaba Vasconcelos. No se plantearon abandonar esta categoría y reemplazarla por otra, lo cual hubiese marcado, de manera más tajante, su oposición al pensamiento y a la política racial de la época. Estoy consciente de que esta reflexión mía podría ser acusada de incurrir en un presentismo histórico que siempre es metodológicamente incorrecto y lleva a supuestos y a conclusiones erróneas. Pero, si esto fuera así, los humanistas liberales hispanoamericanos contemporáneos de Vasconcelos que representaban a sus ramas más radicales —Martí y González Prada— no se habrían negado a usar el término “raza” para referirse a los distintos grupos humanos.

2. *“Por mi raza hablará el espíritu” en la UNAM de hoy*

México iniciaba en 1920 su reconstrucción después de una fuerte y violenta sacudida que lo obligó a replantear y redefinir su identidad nacional para representar adecuadamente los anhelos e imaginarios de las diversas facciones que habían contendido en la gesta revolucionaria. En este sentido, era fundamental que las políticas culturales del Estado posrevolucionario resultaran pertinentes y viables para asegurar que la reconstrucción de la identidad nacional unificara simbólicamente a la nación, asegurándole así un futuro viable. Es por ello que, si bien el lema “Por mi raza hablará el espíritu” fue acuñado en 1920 como emblema de la Universidad Nacional, fue pensado para transmitir a todo el país la idea de que la educación pública nacional —la encarnación del espíritu— era fundamental para lograr la emancipación del pueblo mexicano o de “nuestra raza”.

En ese momento y durante las décadas que siguieron, el Estado mexicano construyó un proyecto de identidad y de unidad nacional cuya narrativa iba en contra del darwinismo social.⁵ Tan fue así que el último censo nacional de población que empleó la categoría “raza” para formular las preguntas del cuestionario aplicado a todas y todos los mexicanos fue el de 1921.⁶ Eso no significa que este proyecto no tuviera en su seno características racistas, pero en ese momento éstas no resultaban evidentes. ¿Cómo iba ser racista un Estado que, en contra del racismo científico-político, proclamaba orgullosamente la mezcla racial y cultural como la base de su identidad nacional?

Cien años desde después, ha corrido mucha tinta para deconstruir, analizar y denunciar el racismo escondido en el proyecto mestizante liberal de unificación nacional. Ese racismo consistió en que dicho proyecto, a pesar de proclamarse no racista por ser mestizante, afectó sobre todo a las personas, comunidades y pueblos indígenas y afrodescendientes de nuestro país, y opera también, en forma paradójica, dentro del ancho mundo mestizo nacional (Gall *et al.* 2022, p. 161), así como en el corazón de las políticas migratorias mexicanas (Gleizer 2011; Yankelevich 2019).

El México de hoy ha dejado atrás, de manera formal, la narrativa del mestizaje como base de su identidad nacional. En 1992 nuestro país reformó el Artículo 4º constitucional para declararse pluricultural y multiétnico: la multiculturalidad de México está “sustentada originalmente en sus pueblos indígenas”. En 2019, una nueva reforma al Artículo 2º constitucional reconoció que nuestra multiculturalidad también está sustentada en los pueblos y comunidades afromexicanas. Esto significa que, en teoría, México ha pasado a una nueva etapa en su autodefinición identitaria, en la que la ideología y el proyecto de unidad nacional mestizante han dejado de regir nuestro proyecto de unidad nacional.

⁵ A pesar de ello, el darwinismo permeó con fuerza varias de las disciplinas científicas que se desarrollaban en nuestro país —como la antropología o la fisiología— entre el tercer cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Esto tuvo consecuencias importantes en algunas de las políticas jurídicas, sanitarias o migratorias del Estado mexicano (Urías Horcasitas 2000, 2005, 2007).

⁶ En la casilla del cuestionario de este censo correspondiente a “Raza” se especificaba: “Exclusivamente contestarán los mexicanos de nacimiento”. Y las opciones de respuesta eran: “de raza indígena”, “de raza indígena mezclada con blanca” y “de raza blanca”. <https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/ccpv/1921/doc/censo_1921_cedula_habitantes.pdf>.

Hoy se reconoce que el corazón de nuestra identidad nacional es la multiculturalidad.

Si esto es así, ¿qué sentido tiene que el lema de la UNAM siga incluyendo el término “mi raza”? ¿A qué raza nos referiríamos hoy con este término? Seguramente no a una supuesta “raza nacional mexicana” ni a la raza cósmica.

Por otra parte, ¿qué sentido tiene que nuestro lema incluya todavía el término “el espíritu” cuando la visión política de la alta cultura como portadora de un Espíritu anticolonialista humanista y liberador hizo crisis y se volvió anacrónica en América Latina y en México desde los años treinta del siglo pasado? ¿Qué sentido tiene que la divisa de la más importante universidad del país transmita aún que el término “el espíritu” define su filosofía educativa y la educación que imparte, y que éste es fundamental para lograr la emancipación del pueblo mexicano definido en términos de “nuestra raza”?

Como vimos al principio de este escrito, tanto autoridades de la UNAM como algunos colegas se han pronunciado en favor de que este lema siga representando a la UNAM. Muchos creemos que esta opinión debe ser cuestionada fuertemente. Ello ameritaría un debate serio y profundo en el interior de la comunidad universitaria que, sabemos, es grande, diversa y compleja.

Debatir con seriedad la pertinencia o inadecuación de que la UNAM conserve su lema vasconceliano debería partir de un cuestionamiento y análisis concienzudos y responsables acerca de si es la expresión simbólica más acabada posible de los principios, la filosofía, los objetivos y los ideales de conducta actuales de nuestra universidad. En esta reflexión sería fundamental tomar en cuenta varios factores que se entrelazan en muchos sentidos:

- el lema fue aprobado en un momento en el que se consideró que nuestra *alma mater* debía representar las necesidades y los ideales identitarios y educativos del Estado mexicano, el cual tenía la difícil misión de reconstruir y reconciliar al país, dos tareas para las que la educación y la cultura resultaban fundamentales;
- esta universidad conquistó su autonomía en 1929, por lo que su lema ya no tiene por qué representar las necesidades ni los anhelos del Estado —sin importar cuáles sean los colores ideológicos del gobierno en turno—, sino más bien los suyos propios;

- el proyecto educativo de la UNAM ha hecho mucho por equilibrar la importancia que otorga a la ciencias exactas y naturales, a las ciencias de la conducta y de la salud, a las ciencias sociales, a las humanidades, y a las artes y la cultura;
- la UNAM no puede ni debe ignorar el muy importante peso específico o grado de influencia real, sostenida y reconocida que tiene en el desarrollo intelectual, cultural, científico, económico y político de este país, y, por último,
- esta universidad también desempeña un papel importante en el concierto de las universidades de América Latina, a la vez que se ha ganado un gran y merecido reconocimiento a nivel internacional.

Dentro del amplio cuerpo de investigadores, profesores y estudiantes de la UNAM, algunos nos dedicamos con pasión —y desde perspectivas cada vez más interdisciplinarias— a estudiar, analizar y combatir el racismo y la xenofobia, no sólo a nivel nacional, sino también internacional. Creo que expreso la opinión de varias de estas personas cuando afirmo que “Por mi raza hablará el espíritu” no fue ni siquiera en su momento un emblema antirracista o promotor de una libertad fundamental. También estamos convencidos de que la UNAM debería participar de manera aún más activa y contundente para tratar de erradicar de la faz de nuestro país y de nuestro planeta el racismo y la xenofobia, dos sistemas de opresión entrelazados que siguen siendo extremadamente poderosos y peligrosos.

Por todo ello, no estoy de acuerdo con que el término raza siga formando parte de nuestro lema. Ante todo, porque dejarlo en nuestro emblema podría ser contraproducente para el objetivo de que la UNAM actúe con una filosofía y unas prácticas institucionales antirracistas. Me adhiero a una importante corriente de los estudios sobre el racismo y el antirracismo que afirma que es erróneo que los seres humanos sigamos siendo clasificados por “razas”, debido a dos factores centrales: 1) la autoridad científica que tuvo la categoría de “raza” hasta mediados del siglo xx sirvió como sustento para el desarrollo y la implantación del racismo, uno de los más poderosos y peligrosos sistemas de opresión en el mundo; y 2) a partir de la segunda mitad del siglo xx diversas disciplinas de las ciencias naturales han encontrado elementos de prueba más que suficientes para concluir que las razas humanas no existen como entidades biológicas. En razón de estos muy documentados hallazgos,

hoy en día en la academia y en el movimiento antirracista se afirma que, si bien las “razas humanas” no son entidades biológicas, sí son construcciones sociales. En este tenor, en algunos países las particularidades de su historia colonial y poscolonial han llevado a que el Estado, la mayoría de la sociedad e incluso el movimiento antirracista coincidan en que sus diversas poblaciones deben seguir siendo clasificadas en términos de “raza” o de raza/color de piel. Éste es el caso, por ejemplo, de los Estados Unidos y de Brasil.

Sin embargo, las particularidades de la historia colonial y poscolonial de muchos otros países —entre los cuales se encuentra México— han conducido a que ni el Estado ni la mayoría de la sociedad estén de acuerdo en funcionar sobre la base de una clasificación centrada en “categorías raciales” o “razas” para definir y clasificar a sus distintos sectores poblacionales, aun si éstas se definen como razas en su sentido de construcciones sociales. En nuestra sociedad no solemos definirnos en términos de “raza”. Tampoco suelen definirse así los pueblos indígenas de México ni los afroamericanos, quienes hoy están muy conscientes de los estragos que el racismo ha tenido en su historia y en sus vidas. De hecho, la agenda de las luchas que estos pueblos y comunidades han emprendido por la conquista de sus derechos —luchas que están contribuyendo con fuerza a desestabilizar el racismo— casi nunca suele incluir la demanda de que ya se los empiece a definir como “raza indígena” o “raza negra o afrodescendiente”.

Además de lo anterior, no sería correcto ni pertinente que el término “raza” siguiera formando parte de nuestro lema, cuando el ámbito de estudio y análisis de “lo racial” de ninguna manera es ni debería ser el que concentre o represente el amplio, diverso y muy rico universo científico, humanista y cultural que conforma nuestra universidad; un universo hecho de un complejo conjunto de disciplinas, temas de investigación y objetivos docentes, de divulgación y de extensión universitaria que, al margen de las diferencias entre ellos, deben trabajar en su conjunto para hacer honor a la filosofía, los objetivos y los ideales de conducta actuales de nuestra universidad.

Es crucial que la Universidad Nacional Autónoma de México encuentre pronto un nuevo emblema que su comunidad reconozca como plenamente representativo, no de las narrativas y los anhelos del Estado mexicano o del régimen de gobierno en turno, sino de los suyos propios. Por suyos propios me refiero a aquellos que ella misma considera los elementos centrales constitutivos de su identidad, sus principios, sus

valores y los objetivos que hoy tiene como la principal institución de investigación científica y de educación superior de México, y que también alberga, en su filosofía y en su quehacer, una visión cosmopolita.

Referencias bibliográficas:

- Blanco, José Joaquín, 1977, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Caso, Antonio, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Escofet y José Vasconcelos, 1962, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, UNAM-Centro de Estudios Filosóficos (Nueva Biblioteca Mexicana), Ciudad de México.
- Dalton, David S., 2016, “Science and the (Meta)physical Body: A Critique of Positivism in the Vasconcelian Utopia”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 40, no. 3, pp. 535–559. <<https://doi.org/10.18192/rceh.v40i3.1954>>.
- De Hostos, Eugenio María, 1904, *Tratados de sociología*, Imprenta de Bailly-Bailliere é Hijos, Madrid.
- De Hostos, Eugenio María, 1888, *Moral social*, Imprenta de García Hermanos, Santo Domingo.
- DGCS-UNAM, 2021, “Boletín 366”, 27 de abril, <https://www.dgcs.unam.mx/boletín/bdboletin/2021_366.html> [02/04/2026].
- Frías, Leonardo, 2021, “Escudo y lema, un siglo de identidad”, *Gaceta UNAM*, 16 de abril, <<https://www.gaceta.unam.mx/escudo-y-lema-un-siglo-de-identidad/>> [02/04/2026].
- Gabilondo, Joseba, 2009, “Genealogía de la ‘raza latina’: para una teoría atlántica de las estructuras raciales hispanas”, *Revista Iberoamericana*, vol. 75, no. 228, pp. 795–818.
- Gall, Olivia, Eugenia Iturriaga, Diego Morales y Jimena Rodríguez, 2022, *El racismo. Recorridos conceptuales e históricos*, UNAM/Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, México.
- García Canclini, Néstor, 1995, *Hybrid Cultures: Strategies for Entering and Leaving Modernity*, University of Minnesota, Minneapolis.
- Gleizer, Daniela, 2011, *El exilio incómodo. México y los refugiados judíos, 1933–1945*, El Colegio de México/UNAM-Cuajimalpa, México.
- González Prada, Manuel, 1908a, “Nuestros indios”, en *Horas de lucha*, Imprenta del Estado, Lima.
- González Prada, Manuel, 1908b, *Horas de lucha*, Imprenta del Estado, Lima.
- González Prada, Manuel, 1894, *Páginas libres*, Tipografía de Paul Dupont, París.
- Gutiérrez Andrade y Camila Giulianianna, 2025, “La literatura como protesta: ‘Libertad’ en el pensamiento de González Prada”, *Students for Liberty*, 7 de abril, <<https://studentsforliberty.org/es/blog/la-literatura-como-protesta-libertad-en-el-pensamiento-de-gonzalez-prada/>> [02/04/2026].

- INEGI, 1921, *4º Censo general de habitantes. Cédula de población*. <https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/ccpv/1921/doc/censo_1921_cedula_habitantes.pdf> [02/04/2026].
- Mailhe, Alejandra, 2018, “José Vasconcelos: el viaje reformista como viaje espiritual”, en Martín Bergel, *Los viajes latinoamericanos de la Reforma Universitaria*, Universidad Nacional de Rosario-Facultad de Humanidades y Artes, Rosario, pp. 93–114.
- Martí, José, 1891, “Nuestra América”, *El partido liberal*, México, 30 de enero [publicado originalmente el 10 de enero de 1891 en *La Revista Ilustrada*, Nueva York].
- Martí, José, s.f. [1893], “Mi raza”, *Biblioteca antológica*, consultado en: <<https://www.biblioteca-antologica.org/es/wp-content/uploads/2020/11/Martí.-Mi-raza.pdf>> [02/04/2026].
- Ortiz, Fernando, 1987, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Palacios, Agustín, 2017, “Multicultural Vasconcelos: The Optimistic, and At Times Willful, Misreading of *La Raza Cósmica*”, *Latino Studies*, vol. 15, no. 4, pp. 416–438.
- Rodó, José Enrique, 1900, *Ariel*, Dornaleche y Reyes, Montevideo.
- Salomon, Noël, 1972, “José Martí y la toma de conciencia latinoamericana”, *Anuario Martiano*, vol. 4, pp. 9–25.
- Urías Horcasitas, Beatriz, 2007, *Historias secretas del racismo en México (1920–1950)*, Tusquets (Colección Tiempo de Memoria), México.
- Urías Horcasitas, Beatriz, 2005, “Fisiología y moral en los estudios sobre las razas mexicanas: continuidades y rupturas (siglos XIX y XX)”, *Revista de Indias*, vol. 65, no. 234, pp. 355–374.
- Urías Horcasitas, Beatriz, 2000, *Indígena y criminal: interpretaciones del derecho y la antropología en México, 1871–1921*, Universidad Iberoamericana, México.
- Vasconcelos, José, 2005 [1920], “Discurso en la Universidad”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 7, pp. 177–182.
- Vasconcelos, José, 1998 [1938], *El desastre*, pról. Luis González y González, Trillas, México.
- Vasconcelos, José, 1948, *La raza cósmica*, Memoria Política de México, México.
- Vasconcelos, José, 1938, *Estudios indostánicos*, Ediciones Botas, México.
- Yankelevich, Pablo, 2019, *Los otros. Raza, normas y corrupción en la gestión de la extranjería en México, 1900–1950*, El Colegio de México/Iberoamericana Vervuert/Bonilla Artigas Editores, Ciudad de México/Madrid.